

# QUIEN DA LUEGO DA DOS VECES

## COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

### HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

DOÑA ELENA.	PEYNADO.
MARGARITA.	EL MARQUÉS.
CALVETE.	EL PRÍNCIPE DE PARMA.
DON LUIS.	CLAUDIA.
DON DIEGO.	JULIO.
MARCO ANTONIO.	CARLOS.

### JORNADA PRIMERA

#### ESCENA PRIMERA

Salen DON LUIS, estudiante, y MARGARITA, dama.

LUIS. Por vida vuestra...  
MARGAR. Es en vano.  
LUIS. Sólo un rato.  
MARGAR. Ni un instante.  
LUIS. Trato tengo cortesano.  
MARGAR. Sois español y estudiante, iréis del pie á la mano; idos, ó haré que os vais. ¡Hola! (Da voces.)  
LUIS. La quinta ha quedado sola.  
MARGAR. Noble soy, perded el miedo.  
LUIS. Siendo mujer ¿cómo puedo, si la licencia española conozco y su inclinación?  
MARGAR. Pues ¿qué tiene?  
LUIS. Es tan extraña, que, según nuestra opinión, nunca echó de ver España si era calva la ocasión.  
MARGAR. Cortedad es [el] perdella cuando nunca usaron della manchando vuestro valor.  
LUIS. Luego echáis la culpa á amor y decís que os atropella; basta lo que habéis hablado y que con miedo os he oído.  
MARGAR. ¿Palabras miedo os han dado?  
LUIS. Siempre las de España han sido

obras, según me han contado, y no son recelos vanos, porque acá los italianos dicen, aunque no de miedo, que tenéis los de Toledo hasta en las palabras manos.  
LUIS. Allá el decir es hacer; pero aunque este nombre cobran, nunca saben ofender.  
MARGAR. Con palabras que tanto obran mal parece una mujer, y por esto no os consiento que me habléis.  
LUIS. ¿Qué detrimento corréis si palabras son viento vano?  
MARGAR. Hay opinión que en España engendra el viento.  
LUIS. Es verdad. Andalucía, de Marte y Minerva madre, caballos veloces cría que al viento tienen por padre.  
MARGAR. Luego la sospecha mía no es mucho llegue á temer que aquí me habléis, pues con ser palabras viento en el mundo, si el de España es tan fecundo riesgo corre una mujer.  
LUIS. Yeguas paren en España del viento, mujeres no.  
MARGAR. Esa opinión os engaña, porque si el viento adquirió virtud tan nueva y extraña con los brutos sin razón, y para su perfección

(1) Intervienen además FABIA y LABRADORES.

basta el aire que no calma, ¿qué harán palabras con alma, y más si españolas son?  
LUIS. No corre ese riesgo en vos, que os hizo de bronce Dios.  
MARGAR. Idos, ó iréme...  
LUIS. Un oído sólo de limosna os pido.  
MARGAR. Si no tengo más de dos, ¿por qué me pedís el uno?  
LUIS. Porque mis quejas entienda.  
MARGAR. No he visto yo pobre alguno que la mitad de la hacienda pida.  
LUIS. Soy pobre importuno.  
MARGAR. De limosna os lo concedo; abreviad, que atenta quedo.  
LUIS. Un año ha, señora mía, que dejé la patria mía, ya vos sabéis que es Toledo. La mocedad, que violenta consejos de un padre dados, que con su nobleza intenta dejarme diez mil ducados, entre otra hacienda, de renta, me obligó á ver novedades de Italia, cuyas ciudades, letras, armas, bizarría, autoridad, policía, nobleza y antigüedades hacen venir á ofrecerla y rendirle la ventaja á cuantos vienen á verla, pues dicen que Europa es caja y en ella Italia es la perla. Gustó de venir conmigo, por ver tierras, un amigo, mi igual en valor y edad; que en la patria es calidad el ser un hombre testigo de vista en otras naciones varias en leyes, y gente con que en las conversaciones convoca auditorio y miente sin peligro de objeciones. Llegamos á Lombardía después de ver la abundancia, armas, valor, pulicía y hermosura con que Francia á Venus y á Marte cría. Y embarcados en Marsella hasta Génova la bella advertimos lo que puede la industria sabia que excede la naturaleza en ella. Vimos al mundo en Milán abreviado, su riqueza, las armas que se la dan, su apacible fortaleza, tanto español capitán, tanto príncipe de fama, tanto caballero y dama, tanto mercader copioso, tanto edificio suntuoso, que, no obstante que se llama Milán por ser de la tierra el epilogo, me fundo

en decir que en paz y en guerra es escritorio del mundo donde sus joyas encierra. Vimos á Bresa, Verona, Mantua, Ferrara, Cremona, Pavia, Parma, Plasencia, Módena, Lodi, Vicencia y todo lo que corona el Tesin y el Po lombardos, sin que la inmensa beldad de sus ángeles gallardos pudiese á la libertad enflaquecer los resguardos. Hasta que, entrando en Bolonia, aquí, donde su colonia tiene Apolo y donde, en suma, Atenas rindió su pluma y sus armas Babilonia, mirando los privilegios que le dió naturaleza, sus conventos, sus colegios, su gobierno y la grandeza de sus edificios regios. Mientras que los ojos vían fábricas que entretenían el gusto, entonces en calma, asomóse á ellos el alma: cerráranse, pues podían, pero fuera su crueldad, y menos daño es, señora, que pierda su libertad el alma que os ve y adora que el no gozar tal beldad. Vi en vos el mal que contemplo por bien, al salir de un templo y entrar en una carroza, cuarta esfera que el sol goza, y alumbra el mundo á su ejemplo. Y ciego el claro arrebol que aquesta hermosura muestra, sospeché, á fe de español, que era la eclíptica vuestra como me vi junto al sol; informéme del estado, nombre y valor que os ha dado la fama que os acredita; sé que os llamáis Margarita; que sin padre habéis quedado debajo de la cautela de Marco Antonio Gonzaga, hermano vuestro, que os cela como padre, y es bien lo haga, que el cuerdo siempre recela. Supe que vuestra riqueza no iguala á vuestra nobleza, que es milagro cuando aúna con los dotes de fortuna los suyos naturaleza. Y supe, en fin, que en beldad, en virtudes, en valor, nobleza y honestidad, sois el ejemplo mayor con que se honra esta ciudad. Viendo, pues, daros la palma de todo á todos, en calma mi esperanza mal segura, adoré vuestra hermosura,

y vuestra virtud, el alma. Quedéme aquí con color de estudiar, con que gané de mis padres el amor, y hasta á mi amigo obligué que escogiese por mejor la escolástica apariencia á quien amor reverencia, más que galas arrogantes, que amor es dios de estudiantes y su facultad ya es ciencia. Seis meses ha que os molesto con los medios que ha podido el alma que os manifiesta su amor, y no ha merecido aun para morir respuesta. A esta causa vine aquí á informaros yo de mí, que para pleitos de amor no hay mejor procurador que el procurar para sí. Diez mil ducados heredo, nobleza los acompaña con que pretenderos puedo. El nombre que me dió España es don Luis de Toledo; sólo para que me sobre todo el bien, falta que cobre mi dicha la mejor dita, que es por dueño á Margarita del alma; sin ella, pobre.

MARGAR. Dejáisme tan obligada, señor don Luis de Toledo, cuanto imposibilitada de pagaros, porque quedo de otra obligación prendada. Porque nunca he confesado deudas, que es trabajo inmenso; pero vos estáis culpado, pues echasteis ese censo antes de estar informado si hay hipotecas en mí con que pagaros, y así perderá vuestro caudal réditos y principal.

LUIS. Pues la libertad perdí, que era la joya mejor, ninguna me satisface. Pero ¿á quién tenéis amor?

MARGAR. Notable ventaja os hace.

LUIS. En dicha, si no en valor.

MARGAR. En todo, y porque cobréis sosiego y os consoléis, sabed, señor don Luis, que es Dios con quien competís.

LUIS. Luego ¿ser monja queréis?

MARGAR. Aqueste ha de ser mi estado.

LUIS. ¿Habéis hecho voto?

MARGAR. Sí.

LUIS. Pues ¿cómo no lo ha estorbado vuestro hermano?

MARGAR. Antes así aseguró su cuidado, que como falta el caudal para darme esposo igual, y la nobleza no es prenda que se estima sin la hacienda,

lleva Marco Antonio mal el verme mal empleada, y así á mi gusto se aplica.

LUIS. Pues ¿es justo, prenda amada, que margarita tan rica en hierro viva engastada? ¿No es mejor engaste el oro, pues por mi dueño os adoro, de diez mil ducados?

MARGAR. Ya es imposible.

LUIS. ¿Será de tanta estima el tesoro con que Arabia se enriquece, como el que vuestra hermosura con vuestra virtud me ofrece? ¡Mal haya, amén, quien procura, cuando casarse apetece, dotes de hacienda y riqueza, si la virtud y belleza dan sus dotes al amor, pues sólo tienen valor dotes de naturaleza!

MARGAR. Mirad que dais que notar aquí.

LUIS. ¡Volveos á secar, esperanzas mal logradas!

MARGAR. Palabras al cielo dadas, ¿quién las osará quebrar?

LUIS. ¿Quién? Una dispensación.

MARGAR. ¿De religión? Será en vano.

LUIS. Pues, amor, ¿no es religión?

MARGAR. Visto nos ha el hortelano: tarde es; que os vais es razón.

## ESCENA II

Sale CARLOS, de hortelano.—DICHOS.

LUIS. Daros gusto determino, si de una mano el divino cristal me dejáis besar.

(Tómale la mano y apártalos Carlos.)

MARGAR. Daré voces.

CARLOS. ¡Ah, escolar! ¡Que pisáis el lechuguino! Par Dios que nos dais la vida. Quitaos, que echáis á perder la hortaliza.

LUIS. Si perdida mi esperanza vengo á ver y seca antes que nacida, ¿qué importa?

CARLOS. ¡Buenas razones! Tomad con tiempo la puerta, porque en tales ocasiones está temblando la huerta de escolares y gorriones. ¿Mas que si la quinta cierro y voy á soltar el perro que ese quillotro se os quita?

MARGAR. Adiós.

LUIS. ¡Que tal margarita guste de engastarse en hierro! (Vase.)

## ESCENA III

DICHOS, menos DON LUIS.

CARLOS. ¿Qué es esto, esposa querida?

MARGAR. Locas diligencias son, dueño amado de mi vida, de una vana pretensión, como tal aborrecida. ¡Gallardo español!

CARLOS. Y extraña locura [la] que le engaña si cree que como ciudades ha de rendir voluntades la dicha y valor de España, y más llamándoos la mía dueño suyo un año ha.

CARLOS. ¿Qué amante no desvaría, y más si mirando está la luz que ese sol le envía?

MARGAR. ¿Cuándo, duque de Ferrara, querrá la fortuna avara, sin que el peligro os asombre, que en público os dé este nombre? ¿Cuándo saldrá la luz clara de vuestra dicha, á pesar de tantos negros nublados que la intentan eclipsar? ¿Y hasta cuándo mis cuidados han de temer y dudar el poder gozar y veros rotos los trajes groseros con que anda otra vez sujeto el desterrado de Admeto entre toscos jardineros? Por vuestro hermano menor os veis, duque, desterrado de Ferrara, que señor os llamaba, y vuestro Estado da la obediencia á un traidor. Cargos promete y hacienda á quien os dé muerte ó prenda, y el vil interés, que ofusca la razón, dicen que os busca aunque la lealtad se ofenda. Sola yo, que disfrazado ante ese sayal os vi, porque no andéis desterrado, en vez de Ferrara os di toda el alma en un estado. Reináis sin pena ó temor de que os quite algún traidor la posesión de mis bienes, pues os ha dado en rehenes mis pensamientos, amor.

CARLOS. Margarita, muchas cosas traigo de que daros cuenta, tan nuevas como espantosas para vos; estadme atenta, que os han de ser provechosas. ¿No fué Filipo Gonzaga vuestro padre, el que siguió en bandos de Lombardia la voz del emperador Ludovico de Baviera, que siendo competidor contra Federico de Austria

sobre el Imperio bajó á Italia, sin estorballo el Papa Juan veintidós, que ayudaba á Federico?

MARGAR. Mi padre le dió favor contra el Papa y contra el rey Ludovico de Valois, siguiendo los gibellinos; pero caro nos costó, pues muerto en una batalla que en las riberas del Pó le dió el príncipe de Parma, á quien entregó el bastón de la iglesia el Papa Juan. Quedamos por su ocasión sin patrimonio y hacienda; y mi hermano, que señor fué antes de tres ciudades, despojado recogió á Bolonia las reliquias de su nobleza y valor, conservándole cual veis de tal suerte, que hasta hoy no ha podido hallar materia contra él la murmuración.

CARLOS. Dejó, pues, á vuestro hermano su noble progenitor la enemistad que al de Parma tuvo como en sucesión; y consérvala de suerte, que el más ilustre blasón con que se honra es de enemigo de cuantos le dan favor.

MARGAR. No es mucho que la venganza precipite la razón, pues perdimos por su causa hacienda y reputación y lo que es más, á mi padre, pues dándosele á prisión no quiso sino manchar con su sangre su valor. Pero bien nos ha vengado el cielo, pues permitió que el Marqués de Monferrato, primo del Emperador Federico, le quitase á Parma, y que de temor de su poder, él y un hijo huyesen donde hasta hoy no se sabe, habiendo un año que, disfrazados los dos, prueban la distancia que hay de ser pobre á ser señor. Mas, decidme, duque mío, ¿á qué propósito son tantos trágicos sucesos, que estoy puesta en confusión?

CARLOS. Todos estos, Margarita, importan á nuestro amor, medianero entre enemigos, aunque de guerras autor. Pero, decidme: si ahora el príncipe que mató á vuestro padre se diese á vuestro hermano á prisión, olvidados sus agravios, ¿no le daría perdón,

- á pesar de la venganza,  
que es de tiranos blasón?
- MARGAR. Con ser mi hermano tan noble  
sospecho, duque, que no,  
que es ya en la naturaleza  
la enemistad que heredó  
contra el príncipe de Parma;  
antes, de su inclinación  
colijo que imitaría  
con él mi hermano á Nerón;  
por darme la muerte muere.
- CARLOS. Margarita hermosa; y vos,  
¿siguierades su crueldad?
- MARGAR. No lo sé; dudosa estoy.  
La venganza en las mujeres  
es natural condición.  
Perdí con mi padre mucho;  
pero, viendo al matador  
pedirme perdón humilde,  
soy de tierno corazón  
y sospecho que venciera  
la piedad á la pasión;  
mas ¿sabéis vos dónde está?
- CARLOS. Sí.
- MARGAR. ¿Dónde?
- CARLOS. Donde yo estoy  
legítimo sucesor.
- MARGAR. ¿No sois duque de Ferrara?
- CARLOS. Príncipe de Parma soy  
y vuestro esposo, en quien vive  
vuestra injuria y mi afición.  
(De rodillas)
- Tomad venganza en el hijo  
del padre que os ofendió;  
pero advertid que antepone  
el esposo al padre Dios  
y que soy esposo vuestro.
- MARGAR. ¡Cielos, hay tal confusión!  
¿quién vió mezcla tan distinta  
como agravios con amor?  
Alzaos, príncipe, del suelo;  
aunque sois el agresor  
de mi injuria, corre ya  
el peligro por los dos.  
Un año ha que sois mi esposo,  
cauteloso engañador,  
como á príncipe os la doy.  
Que si el padre me quitaste,  
para su satisfacción  
prenda tengo en las entrañas  
que os llamará padre á vos.  
Pero ¿cómo me engañaste?
- CARLOS. Huíamos mi padre y yo  
del Marqués de Monferrato  
y del popular furor  
que aclamando el gran poder  
del injusto poseedor  
al legítimo buscaba  
para darme muerte atroz.  
Fuese mi padre á Saboya,  
su duque le dió favor,  
y yo que en Venecia quise  
pasar la persecución  
de la fortuna mudable,  
disfrazado de pastor  
entré en Bolonia una noche,  
á tan dichosa ocasión,

que al salir de una carroza  
que á vuestras puertas paró,  
y á la luz de algunas hachas  
vi la luz de aqueste sol.  
Asomáronse á los ojos  
el alma y el corazón,  
para tener un buen día  
entre tantos de rigor.  
Pero apenas los vió en ellos  
el travieso enredador,  
alguacil de vagamundos,  
cuando luego los prendió.  
Quiso resistirse el alma;  
mas ¿de qué defensa son  
las fuerzas de un hombre solo  
contra las fuerzas de un dios?  
Enamorado y confuso  
mandó juntar la razón  
las potencias á consejo;  
llevó al peligro el temor,  
discurrió el entendimiento,  
la memoria presentó  
papeles en pro y en contra,  
la desconfianza halló  
una sierra de imposibles,  
que para mi pretensión  
sirvieron de espuelas y alas;  
y por más que demostró  
mi pobreza vuestro agravio,  
el peligro y la ocasión  
que daba á vuestra venganza  
no huyendo, mi perdición,  
al fin que no me ausentase  
la voluntad sentenció,  
que no tiene que perder,  
como anda desnudo, amor.  
Conocióme un jardinero  
viejo, de quien fui señor  
en Parma y cultiva ahora  
esta quinta, en que cifró  
la fortuna vuestra hacienda;  
su lealtad me dió favor;  
el deseo, atrevimiento;  
mi diligencia, ocasión  
para contaros mis penas,  
que fué, bien lo sabéis vos,  
al borde de aquesta fuente,  
junto de este cenador.  
Fingí ser el de Ferrara,  
á quien su hermano menor,  
como á mí el de Monferrato,  
de su estado despojó.  
Pues si verdad os dijera  
nunca llegara á sazón  
mi esperanza, que no crece  
sobre agravios el amor.  
Hallé la correspondencia  
en vos, que me prometió  
vuestra apacible hermosura,  
y como amor es unión  
de las almas, de tal suerte  
su yugo nos enlazó,  
que una sola está en dos cuerpos,  
si aun en esto hay división.  
De esta suerte nos gozamos  
hecho jardinero yo  
del pensil de esa hermosura,

- de cuya primera flor  
la astuta naturaleza,  
como divino pintor,  
quiso en una sola imagen  
retratarnos á los dos.  
Un hijo me prometéis,  
y ya aguardándole estoy,  
que son prendas que amor labra  
para su conservación;  
al secreto y la ventura  
convidando estaba hoy  
para el parto que se acerca,  
Dios mitigue su dolor,  
cuando el viejo jardinero  
diciendo á voces llegó:  
«Albricias, Carlos ilustre,  
vuestra desdicha cesó.  
El príncipe, vuestro padre,  
siendo el duque intercesor  
de Saboya, goza ya  
de Parma la posesión.  
Julio viene en vuestra busca  
y es alegre embajador  
de estas venturosas nuevas;  
él os lo dirá mejor.»  
Fué Julio mi camarero,  
y en lealtad y valor  
otro Zópiro con Dario  
y otro Pitias con Damón.  
Loco, pues, de haberme visto,  
me dijo: «Deja, señor,  
el tosco metamorfosis  
que disfraza tu valor.  
El Marqués de Monferrato  
y tu ilustre padre son  
amigos, y en parentesco  
sus bandos traban los dos;  
su hacienda toda y estado  
le ha vuelto, con condición  
que con Claudia, su heredera,  
te cases.»
- MARGAR. ¿Con quién? ¡Ay Dios!
- CARLOS. Sosegad, mi Margarita,  
que siendo mi esposa vos,  
yo cristiano y caballero,  
en balde es vuestro temor.  
Vuestro hermano Marco Antonio  
ha sentido nuestro amor,  
y pienso que ha sospechado  
á lo que vine y quién soy.  
Ausentarme es de importancia,  
y tomar la posesión  
de Parma condescendiendo  
con la puesta condición.  
Que una vez fortalecido  
y en mi Estado, verá amor,  
á pesar de toda Italia,  
cuál cumplí mi obligación.
- MARGAR. ¿Cómo, príncipe? ¿Y es justo  
que en la boca del león  
dejéis á vuestra cordera  
cuando os hago mi pastor?  
Decís que mi hermano tiene  
sospechas de que el ladrón  
de su honra y de mi gusto  
es su enemigo mayor,  
¿y en sus manos me dejáis?

- Mirad: cuando por mí no,  
por el fruto de quien fuisteis  
á mi costa labrador.  
¿Quién duda que en mí y en él  
ejecutará el rigor  
de su cólera mi hermano,  
teniendo la culpa vos?  
Libranzas dais á la ausencia  
que jamás deudas pagó  
de amor si no con olvido,  
moneda vil de vellón.  
Puerta abris al interés  
de la libertad, señor;  
á otra dama dais audiencia,  
cabellos á la ocasión.  
No, Carlos, con vos he de ir,  
ó morir aquí con vos;  
seré sepulcro yo misma  
de quien madre infeliz soy.  
Denos mi hermano la muerte,  
vengue su injuria en los dos,  
pues los dos habemos sido  
los prodigios (1) de su honor.  
¡Hola, gente; hola, criados!  
¡Ah, Marco Antonio; ah, señor!  
aquí está vuestro enemigo;  
vengaos, que os hace traición.
- CARLOS. Basta, esposa de mis ojos;  
parad la enojada voz;  
nunca mi padre me vea;  
nunca vuelva á Parma yo;  
no soy su príncipe ya,  
sólo vuestro esposo soy;  
más quiero ser jardinero,  
gozándoos, que emperador.  
Pero ¿cómo evitaremos  
de vuestro hermano el furor  
que nos está amenazando?
- MARGAR. Ausentándonos los dos.
- CARLOS. ¿Adónde?
- MARGAR. Carlos, á Parma.
- CARLOS. Tengo del marqués temor,  
pues, despreciando á su hija  
y conociendo quién sois  
hará alguna crueldad.
- MARGAR. Jardinero y labrador  
dentro en mi casa habéis sido;  
jardinero seré yo,  
Carlos, en vuestro palacio,  
que no es de menos valor  
mi amor que el vuestro.
- CARLOS. Alto, pues,  
á buscar á Julio voy  
para que el rústico traje  
os traiga; vendré por vos  
á media noche.
- MARGAR. ¿Habrá falta?
- CARLOS. Antes la hará al cielo el sol.
- MARGAR. ¿No me olvidaréis?
- CARLOS. Jamás.
- MARGAR. ¿Sois mi esposo?
- CARLOS. Vuestro soy.
- MARGAR. ¿Iréis sin mí?
- CARLOS. No puedo.

(1) Así en el original; pero quizá deba leerse «pródigos».

MARGAR. ¿Lleváisme?  
 CARLOS. En el corazón.  
 MARGAR. Dudando quedo.  
 CARLOS. ¿De qué?  
 MARGAR. Sois hombre.  
 CARLOS. Tengo valor.  
 MARGAR. ¡Ay, mi Carlos!  
 CARLOS. ¡Ay, mi bien!  
 MARGAR. Adiós.  
 CARLOS. Adiós. (*Vanse.*)

## ESCENA IV

*Sale MARCO ANTONIO con una daga desnuda y PEYNADO, jardinero viejo.*

MARCO. ¿Quieres que eñconda (1) en aquese pecho infame hasta la cruz esta daga?  
 PEYNADO. No, señor, por el lechón que está junto á San Antón y así buena pro le haga, tras el torrezno y la polla la olla del mediodía, pues dice la mujer mía que después de Dios la olla, que envaine y no me pescude más de lo que he confesado. Al príncipe disfrazado encobrí aquí cuanto pude, porque, en fin, comí su pan; no imaginé yo que hacía en esto bellaquería. Si quillotrados están los dos, ¿en qué yo he pecado?  
 MARCO. ¿Tú sabes si fué liviana con el príncipe mi hermana?  
 PEYNADO. ¿Liviana? ¿Hela yo tomado á cuestras? Bien gorda está. Yo comprara de su espeso un lechón.  
 MARCO. Que no digo eso, villano, ni excusará tu muerte el disimular; si lo niegas, ¡vive Dios! que has de pagar por los dos.  
 PEYNADO. ¿Por qué lo he yo de pagar si no lo sé? ¿Só adivino?  
 MARCO. ¡Oh, infame! ¿Mentirme tratas?  
 PEYNADO. ¡Válgame las cuatro patas del caballo de Longino! ¿Diz que tengo de decir lo que no he visto, ni sé, sin por qué ni para qué?  
 MARCO. ¡Vive Dios que has de morir, disimulado traidor, si no dices la verdad!  
 (*Cógele de los cabezones.*)  
 PEYNADO. Yo hablaré con claridad; suelta el pescuezo, señor.  
 MARCO. ¿Gozó el príncipe á mi hermana?

(1) Este pasaje está defectuoso. Este verso (que es incompleto) y el siguiente, parecen ser los dos últimos de una redondilla, así como al que les antecede le falta la mitad de las sílabas.

PEYNADO. ¿Pues puédolo yo saber? ¿no se habían de esconder los dos de mí? Cosa es llana. Si habran ó son amigos ni lo he visto ni lo pienso, que no es testamento ó censo para hello ante testigos. Mijor de aquezas congostas te sacará el cobertor de este verde cenador, pues hechos ojos sus hojas quizá ves el cuándo y cómo saben en que remedaban la tórtola y se arrullaban, hecho Carlos el palomo y ella la paloma boba. Que á pesar del verdugado que es en estas ocasiones (1) de amor, el monte ha colmado, ¿qué buscas si lo ves?

MARCO. Basta, que mi enemigo mayor ha triunfado de mi honor y que no es mi hermana casta. Basta, que estando privado por él de padre y de hacienda una sola joya y prenda que el cielo me había dejado, que es la honra de Margarita, ésa me vino á robar. Pues ¿qué remedio? quitar la vida á quien honras quita. Su padre ha cobrado á Parma; si mano á mi hermana ha dado de esposo, y con tal cuñado amor á Marte desarma, no es justo mi enojo y furia; mas, si, que la sangre clama de mi muerto padre y llama á la venganza la injuria. No le traje aquí el amor á Carlos, ni es su trofeo el disfraz, sino el deseo de dejarme sin honor. Ya le han picado sus pies; pues ¿quién me persuadirá que á mi hermana antepondrá á la hija del Marqués que á Parma le restituye, si casándose con ella goza estado y mujer bella y á mí me afrenta y destruye? Pues á la venganza cuadre su muerte, que es medio sabio; satisfágase mi agravio, vénguense mi honra y padre, muera mi hermana con él antes que saque contenta á luz su hijo y mi afrenta, que no han de mezclarse en él mi sangre y del homicida, pues mal las sangres podrán, que tan contrarias están

(1) También este pasaje está viciado; pues este verso y el siguiente no forman redondilla, como debían, con los dos que les anteceden.

dar juntas á un cuerpo vida. De noche es; Carlos está ignorante de que sé quién es; vengarme podré, pues, como suele, vendrá á verle mi loca hermana, y de un golpe hará el castigo venganza en un enemigo y en una mujer liviana. Este es bien que vivo esté para el secreto y recato por hoy, porque si le mato, la quinta alborotaré y Carlos huirá seguro; pero ha de estar encerrado; no le diga que me ha dado cuenta de todo.  
 PEYNADO. Yo juro ser desde hoy hombre de bien si de esta trampa me escurro.  
 MARCO. Ven conmigo.  
 PEYNADO. Tengo al burro andando la noria.  
 MARCO. Ven.  
 PEYNADO. Quiero ir á regar los nabos.  
 MARCO. Sígueme, no tengas miedo.  
 PEYNADO. Ya empiezo á decir el Credo; mal huelo por todos cabos. ¡San Panuncio, San Benito!  
 MARCO. ¡Eal!  
 PEYNADO. El me despachurra. Así le ayude la burra en que la Virgen fué á Egipto, que me deje her testamento y luego me matará.  
 MARCO. ¡Villano, acabemos ya!  
 PEYNADO. Señor, por el monumento, por la tumpa y el guisopo, por la lámpara y su luz, por la manga de la cruz y por todo cuanto topo cuando ando á escuras, que tenga mancilla deste cuitado, que no hallará otro Peynado si una vez enviuda Menga.  
 MARCO. Yo te aseguro la vida porque fuiste á tu señor leal. Ven, no hayas temor.  
 PEYNADO. El alma tengo escorrida de miedo; aquesto es verdad.  
 MARCO. ¿No vienes?  
 PEYNADO. ¿Hay mayor susto?  
 MARCO. ¡Eal!  
 PEYNADO. Ya vamos, que es justo que hagamos su voluntad. (*Vanse.*)

## ESCENA V

*Salen DON DIEGO, de estudiante, y DOÑA ELENA, también de estudiante.*

DIEGO. ¡Jesús, Jesús!  
 ELENA. En Dios creo, aunque traigo el alma en pena. ¿Qué os santiguáis?  
 DIEGO. Doña Elena: ¿vos con sotana y manteo?

ELENA. ¿Vos desde Toledo aquí, en Bolonia y en escuelas? Calzóme amor las espuelas, ¿qué mucho que vuele así?  
 DIEGO. ¿Una mujer como vos, de tal valor y linaje, en Italia y en tal traje?  
 ELENA. Hazañas son de amor dios; ¿qué os espanta?  
 DIEGO. Lo que escucho y lo que veo.  
 ELENA. O sois loco, ó no sabéis que ama poco quien amando no hace mucho. Don Diego: un mes hace curso las escuelas de los celos, dando penas y desvelos liciones á mi discurso. Y en un mes que he estado aquí, haciendo en vez de liciones locas averiguaciones que han salido contra mí, no os he hablado ni he querido darme á conocer; ya sé, si amor en don Luis sembré, que vengo á coger olvido. Quisole el alma ofrecer la libertad que negó, que, como avaro, dejó de tomar por no volver. Vinose huyendo de mí á Italia; mas, como amor crece en brazos de un rigor, disfrazada le seguí, atropellando mi fama hasta aquí, donde he sabido que pretende, aborrecido, aborreciendo á quien le ama. Y como juntos vivís y sois un alma los dos, esperando que por vos ha de pagar don Luis mi amor constante, he querido darme, en fin, á conocer sólo á vos; yo vengo á ser vuestro paje, y lo que os pido, por la nobleza española con que vuestro nombre honráis, es que á nadie descubráis quién soy; que esta traza sola, si me ayuda la fortuna, hará, con vuestro favor, que don Luis tenga amor á doña Elena de Luna.  
 DIEGO. ¡Alto!; no hay aconsejaros, que sois amante y mujer, que habéis sabido querer y sabéis determinaros. Vuestro amor es tan constante que cualquier favor merece. A don Luis merece (1) una mujer de diamante; y aunque bella y principal,

(1) Verso errado y defectuoso. Quizá deba leer «á don Luis no pertenece».

pobre; y cuando se ablandase, no es bien que don Luis se case fuera de su natural. Un año ha que estoy por él envuelto en aqueste luto, oyendo textos sin fruto.

## ESCENA VI

Sale DON LUIS. — Dichos.

LUIS. Prevénme casco y broquel.  
DIEGO. Este es.  
ELENA. Di que de Toledo soy y que á servirte vine.  
DIEGO. ¿No será mucho que atine quién eres?  
ELENA. No tengas miedo, que me ha visto pocas veces, y siempre lo aborrecido engendra en el alma olvido.  
DIEGO. Divinamente pareces de estudiante.  
ELENA. No es mal trueco el que he hecho.  
DIEGO. ¡Bello traje!  
ELENA. ¿Quién diré que eres?  
DIEGO. Tu paje.  
ELENA. Pacheco.  
LUIS. ¡Oh, don Diego de Mendoza! Salir querrás ya á rondar.  
DIEGO. A lo menos adorar la casa que á mi sol goza.  
LUIS. ¡Ay, don Diego, sentenciado vengo á muertel!  
DIEGO. ¿Qué delito has hecho?  
LUIS. Amar infinito á Margarita.  
DIEGO. ¿Hasla hablado?  
LUIS. ¿Mostrósete desdeñosa?  
DIEGO. ¿Reprendió tu libertad?  
LUIS. ¿No salió (1) su honestidad la empresa dificultosa?  
DIEGO. ¿Mas que te dijo con talle severo, hecha otro Narciso: «Mira, Zaide, que te aviso que no pases por mi calle?» Por lindo modo te encanta para cogerte después, donde no te irás por pies.  
LUIS. ¿Qué dices, que es una santa?  
DIEGO. ¿Santa? Bueno, hazla un altar.  
LUIS. ¡Plugiera á Dios que quisiera ser mi esposa!  
ELENA. ¡Ay, rabia feral!  
LUIS. ¿esto venir á escuchar?  
DIEGO. Mas tan desdeñado he sido que quiere encerrar mis quejas entre paredes y reja s.  
DIEGO. ¿De qué modo?  
LUIS. Ha prometido ser monja.

(1) Así en el original; pero acaso deba leerse «hizo».

ELENA. ¡Albricias, amor, que esta nueva os resucita!  
DIEGO. Restituyo á Margarita la opinión de su valor; estado ha escogido al doble honroso, que un monasterio es ilustre cautiverio y cárcel de gente noble. Mudad gusto.  
LUIS. ¿Cómo puedo?  
DIEGO. No es bien competir con Dios.  
LUIS. ¿Quién es el que está con vos?  
DIEGO. Un muchacho de Toledo que el deseo de estudiar y verme le traen aquí.  
LUIS. ¿Es de vuestra casa?  
DIEGO. Sí.  
LUIS. ¿Cúyo hijo?  
DIEGO. De Aguilar, de mi padre gentilhombre.  
LUIS. ¿Buen talle?  
DIEGO. ¡Maravilloso!  
LUIS. ¿Y el ingenio?  
DIEGO. Milagroso. Pacheco tiene por nombre.  
ELENA. ¿Qué manda vuesa merced?  
DIEGO. Pacheco, que conozcáis á don Luis y le sirváis como á mi.  
ELENA. Mucha merced recibiré que en su gusto me emplee.  
LUIS. ¿Habéis estudiado?  
ELENA. Gramática he comenzado, aunque con algún disgusto.  
LUIS. ¿En qué andáis?  
ELENA. «Amo, amas.»  
LUIS. ¡Buen verbol! ¿Y ha mucho?  
ELENA. Sí, no puedo salir de aquí. Son laberintos sin llamas.  
LUIS. ¿Pues sabéis ya declinar?  
ELENA. ¡Plugiera á Dios lo ignorara, porque si no declinara, ya supiera conjugar!  
LUIS. Decid, pues, esta oración: «Yo amo á Dios.»  
ELENA. Es mentirosa, porque amándole á su esposa, no le amáis y hacéis traición.  
LUIS. Bachiller me parecéis.  
ELENA. Y aun licenciado.  
LUIS. Decid: «yo amo.»  
ELENA. Aqueso sí; oid, y que la acierto veréis sin temor de solecismo. Donaire tiene por Dios. Va: *ego amo*.  
LUIS. ¿A quién?  
ELENA. A vos.  
LUIS. ¿A mí amáis?  
ELENA. A vos mismo, que sois mi dueño y señor.  
DIEGO. Su lealtad os ha obligado, que como es vuestro criado, es razón que os tenga amor.

LUIS. ¿Mi criado?  
DIEGO. Si lo es mío, vuestro lo ha de ser también.  
LUIS. Desde aquí lo quiero bien.  
ELENA. En esa palabra fio.

## ESCENA VII

Sale CALVETE, gorrón, con espada y broquel.

CALVETE. *Accipe et timebunt gentes.* Con el broquel sufridor no traigo el casco, señor; los tuyos son suficientes.  
LUIS. Pues ¿por qué?  
CALVETE. La ley lo veda, que estando el tuyo vacío ponerte otro, señor mío, será seda sobre seda.  
LUIS. Ven conmigo, impertinente.  
CALVETE. ¿Salimos ya á bobear?  
DIEGO. ¿Aguardámoste á cenar?  
LUIS. Sí.  
DIEGO. ¿A las cuántas?  
CALVETE. A las veinte.  
LUIS. Luego vendré.  
CALVETE. Cuando el día, el alba enrubia el copete.  
DIEGO. ¿No iré en lugar de Calvete mejor yo en tu compañía?  
LUIS. Ya sabes mi condición.  
DIEGO. No te quiero replicar.  
CALVETE. Estrellado he de cenar.  
LUIS. ¿Qué hora es?  
CALVETE. Las once son. *(Vanse los dos.)*

## ESCENA VIII

Doña ELENA y DON DIEGO.

ELENA. A idolatrar las paredes de su Margarita va.  
DIEGO. Si determinada está de entrarse monja, bien puedes asegurar tus recelos.  
ELENA. Ven, sabremos cómo llora desdenes de la que adora y ayudaránle mis celos.  
DIEGO. Si es tu gusto, enhorabuena.  
ELENA. Amor loco: yo por vos y vos por otro.  
DIEGO. Y ¡por Dios! que lo estás tú, doña Elena. *(Vanse.)*

## ESCENA IX

Salen DON LUIS y CALVETE.

CALVETE. ¿Qué diablos has de sacar de andar cargado de hierro, dando en que entender á un perro que nos comienza á ladrar; hecho cedulón de esquina,

pisando bastardo barro, puesta la vista en el Carro, las Cabras y la Bocina, mientras se acuesta despacio quien esa pena te da, y más sabiendo que está tomada para Palacio? Si ha de ser monja, ¿de qué te ha de servir el rondalla, suspirar y enamoralla?

LUIS. ¿Comienzas ya? Déjame.  
CALVETE. Si á un torno y reja ha hecho [voto], ¿qué provecho sacas de esto? Pero vendrás ya dispuesto á ser su negro devoto. Y escogiendo el bobo estado, que caro te ha de costar, querrás desde hoy comenzar el año del noviciado. Un amigo tuve yo que estuvo malo en España de esta contagión extraña.  
LUIS. ¿Cómo?  
CALVETE. A una monja sirvió hecho mula de retorno, pechero de una andadera, paciente de una portera y majadero de un torno; que al cabo de deseallo, más que verse libre un preso, sin ser la monja de queso, se la daban por un rallo.  
LUIS. Déjate de disparates, y ¿qué hará mi ingrata, di?  
CALVETE. Una albarda para ti con estribos y acicates.  
LUIS. ¡Ah, necio!  
CALVETE. A lo moscatel amas; quizá es su ejercicio, como andas en su servicio, el estar ahora en él despachando provisiones para quien sus puertas pasa.

## ESCENA X

Sale á la puerta FABIA, criada, con una criatura envuelta. — Dichos.

LUIS. ¡Vive Dios!  
CALVETE. La de su casa abrieron; si te dispones á saber quién entra ó sale, llega; mas mira por ti.  
LUIS. ¿La puerta han abierto?  
CALVETE. Sí.  
LUIS. ¡Válgame Dios!  
CALVETE. Ya te vale.  
LUIS. A tal hora es novedad en tan recogida casa abrir puertas.  
FABIA. Ce, ¿quién pasa?  
LUIS. ¿Sois el príncipe? Llegad.  
CALVETE. Es verdad, príncipe oi.

LUIS. ¡Ay, cielos!  
 CALVETE. Dile que sí.  
 LUIS. El príncipe soy.  
 FABIA. Un hijo  
 os ha dado Margarita  
 que á Narciso se adelanta.  
 LUIS. ¡Hijo! ¿Cómo?  
 CALVETE. ¡Oh es una santa!...  
 LUIS. ¡Jesús!  
 CALVETE. ¿Esta es la bendita,  
 la monja, la recogida?  
 Pero bien se recogió.  
 FABIA. No ha un instante que parió  
 con peligro de la vida.  
 Pero el cielo soberano  
 tan propicio nos ha sido,  
 que en el jardín ha parido  
 sin saber nada su hermano.  
 Ha fingido un accidente,  
 y ahora en la cama está.  
 Lo propuesto estorbará  
 por hoy este inconveniente;  
 mas presto os veréis los dos  
 en vuestro estado y sin pena.  
 CALVETE. ¡Linda monja!  
 FABIA. Gente suena;  
 tomad, príncipe, y adiós. (Vase.)

## ESCENA XI

DICHOS, MENOS FABIA.

CALVETE. ¿Qué te ha dado?  
 LUIS. La criatura.  
 CALVETE. Bueno; á quien hizo el cohombro  
 di que se le eche en el hombro.  
 LUIS. ¡Jesús! ¿Duerme por ventura?  
 CALVETE. No se durmió la señora.  
 LUIS. Loco estoy de pena y celos;  
 ¡Jesús, Margarita, cielos!  
 CALVETE. ¿Qué habremos de hacer ahora?  
 LUIS. Dar finiquito á mi amor.  
 CALVETE. ¿No la has de amar?  
 LUIS. ¿Cómo puedo  
 si desengañado quedo?  
 Miremos por el honor  
 de Margarita, Calvete,  
 que al fin la he querido bien.  
 A buscar una ama ven.  
 CALVETE. De amante te hizo alcahuete.  
 LUIS. Mañana quién es sabré  
 este príncipe encantado  
 que en costas me ha condenado,  
 y el hurto le volveré.  
 CALVETE. El ama le criará.  
 que nos sirve.  
 LUIS. ¿Está parida?  
 CALVETE. ¡Eso ignoras, por tu vida?  
 Parida y preñada está.  
 LUIS. Pues bien viene.  
 CALVETE. ¡Qué bonito  
 parece el chico!  
 LUIS. Cesó  
 mi amor.  
 CALVETE. ¡Ajó, niño, ajó!  
 Llamárase Margarito. (Vase.)

## JORNADA SEGUNDA

## ESCENA PRIMERA

Salen DON DIEGO como de noche, y DOÑA ELENA.

DIEGO. La calle es ésta, y aquella  
 su casa.  
 ELENA. Buena, en verdad.  
 DIEGO. Con haber en la ciudad  
 tantas, esta es la más bella.  
 ELENA. El estar en arrabal  
 disminuye su valor.  
 DIEGO. No es por aqueso peor.  
 ELENA. No está en calle principal.  
 DIEGO. No, pero es más provechosa.  
 ELENA. Mas ¿cómo?  
 DIEGO. Demás de estar  
 dentro y fuera del lugar,  
 esta huerta deleitosa  
 la hace más excelente,  
 que es gran cómodo el poder  
 en una ciudad tener  
 casa y quinta juntamente.  
 ELENA. Ya sé que [se] llama ésta  
 porque no me satisfagas,  
 la quinta de los Gonzagas;  
 mas, si según manifiesta  
 la fama, su dueño pasa  
 pobreza, di que la venda,  
 que siempre la poca hacienda  
 se corre en la grande casa.  
 DIEGO. No ha de obligar la pobreza,  
 por grande que venga á ser,  
 á que uno llegue á vender  
 el solar de la nobleza.  
 Y aunque hecha comparación  
 con la hacienda y el estado  
 que tuvo antes ha quedado  
 pobre, según la opinión  
 del vulgo, más rico queda  
 el rico cuando empobrece  
 que el pobre cuando enriquece.  
 ELENA. Para que quedallo pueda,  
 empeñe esta Margarita  
 que me da tanto pesar.  
 DIEGO. Vender sí, mas no empeñar,  
 que no es prenda que se quita  
 la mujer, antes con ella  
 dan dineros.  
 ELENA. Mucho tarda  
 don Luis.  
 DIEGO. Como no aguarda  
 su dama ni ha de vencella  
 con servilla y pasealla,  
 quizá se hartó de rondar  
 y dió la vuelta á cenar.  
 ELENA. La huerta han abierto, calla.  
 DIEGO. ¿Mas si le hubieren cogido  
 á don Luis entre dos puertas?  
 ELENA. Mis desdichas fueran ciertas.  
 DIEGO. Una mujer ha salido  
 sola.  
 ELENA. Dama debe ser

de Marco Antonio.  
 DIEGO. No es hora  
 de salir damas ahora.  
 ELENA. Pues ¿cuándo?  
 DIEGO. Al amanecer  
 salen muchas de aventura,  
 que, como sobras de cena,  
 las mañanas, doña Elena,  
 las echan con la basura.  
 ELENA. ¿Hate sucedido á tí?  
 DIEGO. No sé; cuando no hay solomo,  
 mozo soy, de todo como.

## ESCENA II

Sale MARGARITA con manto.— DICHOS.

MARGAR. ¿Dónde iré, triste de mí?  
 ¿Si habrá el Príncipe venido?  
 Gente por la calle pasa;  
 ¿qué he de hacer? Volverme á casa  
 no es posible, que ha sentido  
 mi hermano mi liviandad,  
 y dar esta noche intenta  
 fin á mi vida y su afrenta.  
 ¡Tened, cielos, piedad  
 de mi vida!  
 ELENA. Consultando  
 está por dónde ha de ir.  
 MARGAR. El temor me fuerza á huir,  
 y el honor está dudando.  
 Volveréme.  
 DIEGO. Reina mía,  
 si estar indeterminada  
 es á falta de posada  
 mientras sigue el alba el día,  
 en la nuestra está la cena  
 con ánimo de aguardar  
 convidados.  
 MARGAR. ¿Qué á escuchar  
 venga aquesto!  
 DIEGO. Doña Elena,  
 ¿qué bien huele, pesia tall  
 Sí; pero no siempre suele  
 oler bien quien siempre huele.  
 DIEGO. Así lo dijo Marcial.  
 ¿No merecemos respuesta?  
 MARGAR. (Da voces.)  
 ¡Ah Príncipe! ¡Ah Carlos!  
 ELENA. ¿Pasol  
 DIEGO. ¿Príncipe? ¡Notable casol  
 ELENA. Mujer principal es ésta:  
 volverme será mejor.  
 DIEGO. ¿Qué teméis, señora mía?  
 MARGAR. Alguna descortesía.  
 DIEGO. Gente somos de valor.  
 MARGAR. Pues mostradle en no impedir  
 mi camino.  
 DIEGO. Andad con Dios,  
 aunque llevando á los dos  
 más segura podréis ir.  
 MARGAR. El peligro considero  
 que llevo de noche y sola.  
 ¿Qué gente sois?  
 DIEGO. Española.  
 MARGAR. ¿Sois noble?  
 DIEGO. Soy caballero.

MARGAR. ¿De qué reino?  
 DIEGO. De Toledo.  
 MARGAR. ¿Y qué apellido?  
 DIEGO. Mendoza.  
 MARGAR. Gracias al cielo que goza  
 tan noble amparo mi miedo.  
 Si el valor y la piedad  
 nobles atributos son  
 que ensalzan vuestra nación,  
 Mendoza ilustre, jurad  
 por la fe de caballero  
 que mi honor irá seguro  
 en vuestro amparo.

DIEGO. Sí, juro.  
 MARGAR. Que lo cumpliréis espero.  
 Venid, pues.

DIEGO. ¿Dónde?

MARGAR. No sé.

DIEGO. ¿Qué lleváis?

MARGAR. Mi triste suerte.

DIEGO. ¿De quién huís?

MARGAR. De la muerte.

DIEGO. ¿Quién sois?

MARGAR. Después lo diré,  
 que corre mi vida aquí  
 mucho riesgo.DIEGO. En mi posada  
 segura estaréis y honrada.

MARGAR. ¡Ay, Príncipe!

DIEGO. ¿Vamos?

MARGAR. Sí. (Vase.)

## ESCENA III

Doña ELENA sola.

Llévosele por lo honrado.  
 Dios ponga tiento en su amor,  
 que no es todo sino olor  
 á oscuras y rebozado.  
 Aunque sí por la apariencia  
 el juicio se ha de hacer,  
 muestras ha dado de ser  
 de más prendas que prudencia.  
 A un príncipe pidió ayuda,  
 que Carlos después llamó,  
 y al ver de dónde salió  
 me ha puesto en notable duda.  
 Pero ejemplo tiene en mí  
 cualquiera amorosa hazaña,  
 pues á Italia desde España  
 Don Luis me trae así.  
 Por aguardalle si acude  
 aquí donde pierde el seso,  
 no voy á ver el suceso  
 de esta dama; amor la ayude  
 si ha sido autor de sus penas,  
 que teniendo que llorar  
 tantas yo, mal podré dar  
 oídos á las ajenas.

## ESCENA IV

Salen DON LUIS y CALVETE, como de noche.—DICHOS.

LUIS. ¿Que estaba parida el ama?  
 CALVETE. ¿No lo has visto?

LUIS. ¿Hay tal ventura?  
Por el bien de la criatura  
la perdono.

CALVETE. ¡Oh, cómo mama  
el chicote! Mas ¿á qué  
volvemos á este lugar?  
¿Es por ventura á buscar  
otra cría que nos dé  
en que entender?

LUIS. El deseo  
de conocer, si es posible,  
este príncipe invisible,  
ya que sus efectos veo,  
me saca fuera de mí  
y de mi casa á tal hora.

CALVETE. ¿Sabes tú si vendrá ahora?

LUIS. Si le esperaban aquí  
á cosa que importa tanto,  
¿quién duda que acudirá?

CALVETE. ¿Has de acuchillarle?

LUIS. ¡Ya  
cesó mi amoroso encanto!  
El fué mejor negociante  
y más dichoso que yo.  
Si la cátedra llevó  
que pretendí por vacante,  
¿qué he de hacer?

CALVETE. Bien lo imaginas,  
aunque burla es, y no leve,  
que él la cátedra te lleve  
y tú pagues las propinas.  
Ya parece que nos llama  
otra mujer y nos da  
otro niño que criará  
á tu costa en casa otra ama;  
y así puedes poco á poco,  
si lo sufre tu caudal,  
hacer tu casa hospital  
de expósitos.

LUIS. Calla, loco.

CALVETE. Harto más lo es quien procura  
andar como tú, perdido,  
pues rompiendo otro el vestido  
te ha echado á cuestras la hechura.  
Vamos á cenar, señor.

ELENA. Dos hombres vienen: ¿si acaso  
es este el príncipe?

CALVETE. Paso,  
que está tu competidor  
á las puertas de tu dama.

LUIS. Dices la verdad; este es  
el príncipe.

CALVETE. Llega, pues.

LUIS. Antes quiero ver si llama  
á la puerta.

ELENA. Hablalle intento.

CALVETE. Acá se acerca, señor.  
Hablalle será mejor.

LOS DOS. ¿Sois el príncipe?

CALVETE. ¡Buen cuento!  
¡Válgate la maldición  
por príncipe tan buscado!  
O es duende ó está encantado.

ELENA. Don Luis y Calvete son.

LUIS. ¿Es Pacheco?

ELENA. Señor, sí.

LUIS. ¿Y don Diego?

ELENA. Una aventura  
gozar en casa procura.

LUIS. ¿Y qué haces tú solo aquí?

ELENA. Obligo cierto respeto.

LUIS. ¡Tuyo!

ELENA. ¿No soy yo persona?

CALVETE. Para hacelle una mamona.

ELENA. Soy solícito y secreto,  
y por esta causa espero  
ser venturoso en amores.

CALVETE. Todos salen bailadores  
en cas del tamborilero.  
Tenemos el amo amante,  
por fuerza habemos de amar;  
desde hoy me hecho á enamorar,  
pues tú eres diciplinante.

LUIS. ¿Qué príncipe imaginaste  
que era yo cuando me viste?

ELENA. El mismo que tú entendiste  
que era yo cuando me hablaste.

LUIS. ¿Conócesle?

ELENA. Yo en mi vida  
le eché paja.

CALVETE. O se ha escondido,  
ó algún diablo se ha metido  
príncipe.

ELENA. Salió afligida  
de esa casa una mujer  
de bravo talle y olor;  
tuvo de vernos temor,  
y queriéndose volver,  
llegó don Diego, ofreciéndola  
á lo tierno su posada,  
pero gritó alborotada:  
«¡Ah Príncipe! ¡Ah, Carlos! ¡Holá!»  
Sosegámosla los dos,  
y paró en fin en sosiego  
en llevársela don Diego  
á casa.

CALVETE. ¡Bueno, por Dios!

LUIS. Calvete, ¿si es Margarita?

CALVETE. ¡Jesús! ¿eso has de decir?  
¿Tal mujer ha de salir  
de noche, y sola? Bonita  
es ella; alguna criada  
al príncipe fué á buscar  
que se debió de pagar  
del convite y la posada,  
y envidiosa por ventura  
de lo que con su ama pasa,  
querrá encuadernar en casa  
con don Diego otra criatura;  
no hay sino cunas y á ello,  
que llueven muchachos hoy.

LUIS. ¿Quién será? Confuso estoy.

CALVETE. En casa puede sabello.

LUIS. Bien dices. ¡Ay, cielos,  
si tengo en ella á mi bien!

CALVETE. Un hombre viene; detén  
el paso.

ELENA. Ya tengo celos  
de este demonio ó mujer.  
¿Si es Margarita? ¡Ay de mí!

## ESCENA V

Sale DON DIEGO.—DICHOS.

DIEGO. ¿Si hallaré al príncipe aquí?  
mas éste debe de ser.—  
¿Sois el príncipe, señor?

CALVETE. Otro buscón de aventuras.  
¿Qué príncipe es este á escuras,  
qué brujo ó [que] encantador?  
¡Don Luis!

DIEGO. ¿Es don Diego?

LUIS. ¡Bueno!

DIEGO. Dadme albricias.

LUIS. ¡Ay, amigo!  
¿qué te he dar si contigo  
tienes el alma?

CALVETE. El sereno  
que pasamos.

LUIS. Mas ¿que sé  
de qué á pedirmelas vienes?

DIEGO. ¿De qué?

LUIS. A Margarita tienes  
en casa.

DIEGO. Tarde llegué.  
¿Quién te lo ha dicho?

LUIS. Mis celos,  
que infiernos en mí se llaman.  
Cuéntame el cómo.

DIEGO. Los que aman  
siembran gusto y cogen duelos.  
¿No sabes en qué ha parado  
la monja?

LUIS. Ya he sabido  
que ha parado en que ha parido.

CALVETE. Las cabras nos han echado;  
en casa el muchacho está.

DIEGO. ¡Válgame Dios!

LUIS. Hallé abierta  
esta encubridora puerta,  
poco más de una hora habrá;  
asomóse una criada  
con un niño, y como vió  
que pasábamos, llamó;  
llegué, el alma alborotada,  
y oyéndome preguntar:  
¿sois el príncipe? que sí,  
celoso la respondí.  
«Gracias, dijo, podéis dar  
á Dios, de que ya tenéis  
un hijo que á Margarita  
y á vos en belleza imita,  
y porque os aseguréis  
de todo punto los dos,  
Marco Antonio está ignorante  
de todo.» Dióme el infante  
y cerró con un adiós.  
¿Qué os parece?

DIEGO. ¡Caso extraño!

LUIS. Al ama, en fin, se la di,  
que está parida.

DIEGO. Eso sí,  
no será estéril este año.  
¿Y habéis sabido quién es  
el príncipe?

LUIS. Ya estuviera  
en casa si lo supiera;  
eso aguardo.

DIEGO. Vamos, pues,  
que yo os quifaré el deseo.

LUIS. ¿Cómo? ¿conocéisle vos?

DIEGO. Muy bien.

CALVETE. ¡Bendito sea Dios  
que cumplir tu antojo ve!  
que cumplir tu antojo ve!

DIEGO. Carlos, príncipe parmés,  
os ganó la bendición,  
y es esposo, en conclusión,  
de Margarita. Después  
sabréis lo que ha sucedido.

LUIS. Pues ¿no estaba desterrado?

DIEGO. De hortelano disfrazado  
ha un año que es su marido;  
y esta noche que parida  
estaba, huyó con temor  
de ver que sabe su amor  
su hermano, y puso su vida  
y su honra en mi poder.  
En mi casa deposita  
amor vuestra Margarita;  
vamos, si la queréis ver.

LUIS. ¿Príncipe era el hortelano?  
Con tan gran competidor.  
temerario fué mi amor.  
El apetito villano  
persuade al pensamiento  
mil quimeras, que no sé  
si resistillas podré,  
don Diego, si está al sediento  
brindando el arroyo claro,  
si puede vivir el muerto,  
si el que navega ve el puerto,  
si toca el oro el avaro,  
si ve la joya el ladrón,  
si el asalto el capitán,  
al norte la piedra imán,  
y, en fin, amor la ocasión.  
¿no será cualquier reparo  
que le resista violento?  
Claro está; yo soy sediento,  
muerto, navegante, avaro,  
ladrón, capitán y amante;  
pues si agua, vida, puerto, oro,  
asalto, ocasión, tesoro,  
me ha puesto el cielo delante,  
¿quién pondrá á mi gusto tasa  
cuando la ocasión le espera,  
ni quién la osará echar fuera  
si ella misma se entra en casa?

ELENA. ¡Ay, sospechoso temor,  
mi desdicha averiguastes!

DIEGO. Contra amorosos contrastes,  
don Luis, basta el valor.  
Margarita tiene dueño:  
ella es noble y vos honrado;  
de mi valor se ha fiado  
y es mi palabra el empeño  
sobre quien su honor confía,  
y es razón que lo defienda,  
pena de perder la prenda  
que ella estima por ser mía.  
Bien sé que lo que decís  
es sin veros al espejo  
de la razón y el consejo,  
y que sois vos, don Luis,  
tan cuerdo, que cuando amor